

Capítulo XXII

Premio y castigo.

Por grande que fuera el deseo con que en toda Castilla se aguardase el regreso de Colon, no era menor la ansiedad que experimentaban los habitantes de Palos.

En aquel pequeño pueblo se habian reunido los audaces marinos que habian llevado á cabo aquella arriesgada expedicion.

La mayor parte de ellos eran naturales de Palos y habian dejado allí, en aquella orilla del Océano, en aquel grupo de casas blancas, mujeres, hijos, hermanos, amigos, que esperaban ansiosos su vuelta para estrecharlos en sus brazos; y al ver que nada sabian de ellos empezaban á dudar de su regreso y á confirmarse en los temores que les habia inspirado

desde un principio la arriesgada empresa que iban á acometer.

Este temor, esta duda, esta ansiedad no alentaba solo en los corazones de los que estaban más ó ménos estrechamente unidos con los viajeros, sino en todos los habitantes del pueblo, á quienes el viaje habia preocupado en extremo.

Las espantosas tormentas que habia habido durante aquel invierno, y cuyas consecuencias habian sufrido muchos de los marineros de Palos, Moguer demá puertos próximos, les hacia temblar por la suerte de los navegantes que habian llevado su audacia hasta el punto de entregarse al Océano cruzando su inmensidad y pasando los límites de la audacia de los navegantes.

Muchos consideraban á sus hermanos, á sus amigos, á sus parientes muertos.

Otros, con más esperanza, se los figuraban errantes en medio de las soledades del mar.

En general se habia perdido la esperanza de volverlos á ver.

Habia llegado á tal punto el sentimiento que su ausencia y su probable desastrado fin causaba, que ya nadie se atrevia á hablar de ellos, porque solo nombrarlos bastaba para que asomasen á los ojos de la esposa ó de los hijos lágrimas dolorosas.

Colon envió un correo á los reyes, pero su emisario fué por tierra, así es que no pudo saberse en Palos la noticia de su regreso de Portugal.

Una mañana descubrieron á lo lejos los pescado-

res de Palos una embarcacion que, aunque lentamente, iba acercándose hácia allí.

Anunciaron lo que habian observado, y comenzó á hablarse en el pueblo de aquel navío.

—¡Qué han de ser ellos!—decian los incrédulos, —hay que contarlos con los muertos.

—Es verdad,—añadia alguna pobre mujer,—ya no volveré á ver á mi esposo; mis hijos no tienen ya padre.

En estas conversaciones estaban cuando llegó el prior del convento de la Rábida y le preguntaron lo que pasaba.

Fray Juan Perez de Marchena habia ido con mucha frecuencia á Palos, y siempre sus visitas habian servido de consuelo para los que aguardaban á los seres queridos de su corazon.

—No lo dudeis,—dijo el venerable sacerdote,—ese navío es uno de los tres que se llevó Colon; los demás no tardarán en seguirle; mi corazon me dice que son ellos.

Fueran ó no fuera, lo cierto es que no se hablaba más que del navío que cada vez tomaba mayores proporciones, por más que no era posible distinguirle bien, que la esperanza renacia en los abatidos espíritus, y que deseaban todos que pasase el tiempo para que llegase la embarcacion.

Algunos pescadores no tuvieron paciencia, y subiéndolo á las lanchas:

—Vamos á ver qué buque es ese,—dijeron.

Y se lanzaron á su encuentro.

Serian las once y media cuando los pescadores en las lanchas, dando gritos de alegría.

—¡Son ellos, son ellos!—exclamaban.

La voz circuló instantáneamente, y precedidos del prior de la Rábida fueron al puerto todos los habitantes de Palos.

Apenas saltaron en tierra los pescadores, llovieron sobre ellos multitud de preguntas.

—¿Qué barco es ese?

—La *Niña*.

—¿Quién viene en él?

—Colon.

—Colon, que ha descubierto un Nuevo Mundo.

—Pronto van á llegar.

—Y traen mucho oro.

—¿Y los demás navios?

—No les hemos preguntado; pero sin duda alguna vienen detrás.

La alegría se manifestó por medio de una explosion.

—Venid, venid,—dijo fray Juan Perez de Marchena á los que rodeaban,—venid al templo á dar gracias á Dios por su inmensa bondad.

La tristeza se tornó en alegría.

Las mujeres volaron á sus casas, se pusieron sus mejores galas, y al llegar ya resonaban en la casa del Señor los armoniosos sonidos del órgano.

Las campanas comenzaron á répicar.

Las tiendas se cerraron.

Se paró el tráfico.

El entusiasmo no tuvo límites.

Y todos, después de haber dado gracias á Dios, volvieron á la playa, pudiendo entonces descubrir la carabela que plegaba sus velas y soltaba los botes al agua para verificar el desembarco de los navegantes.

La curiosidad igualó al entusiasmo.

Todos al ver bajar de los botes á los marineros, pronunciaban sus nombres.

Los que conocían á su amigo, á su hermano, á su padre, á su hijo, prorumpían en gritos de alegría.

La felicidad inundaba su rostro.

Al ver á Colon todos prorumpieron en entusiastas vivas, y al llegar á la playa, fray Juan Perez de Marchena le recibió en sus brazos.

Todos se agolpaban para verle, para oírle.

Pero Colon, que con los demás marinos habia saltado en tierra y se veía acosado de preguntas y felicitaciones, quiso ir al templo á dar gracias á Dios.

De nuevo volvieron á la iglesia los que momentos antes se habian anticipado á bendecir á la Providencia.

Sin embargo, algunas familias quedaron en la playa, aguardando otros navíos y otras personas que no llegaban.

La esposa de Martín Alonso, no pudiendo contener su ansiedad, quiso preguntar al almirante cuál era la suerte de su esposo.

La respuesta de Colon fué una herida mortal para su alma.

También lloraban las familias de los que iban en la *Pinta*.

Muchos de ellos se habian quedado en Haiti, defraudando las esperanzas de los que los aguardaban con ansia.

Colon trasportó al convento de la Rábida los objetos que traía á bordo, y acompañado de los indios fué con fray Juan Perez de Marchena entrando triunfante por la misma puerta que le habia visto pobre y desvalido llamar á ella para implorar la caridad de los religiosos.

Lo primero que preguntó á fray Juan Perez de Marchena, fué si habia llegado Pinzon.

Cuando supo que no habia llegado su temor fué más grande que nunca, porque podía muy bien haber tomado otro camino y haberse dirigido á Barcelona, donde supo que estaban los reyes.

Pero no habian hecho más que penetrar en el convento de la Rábida, cuando uno de los marineros que habian acompañado á Colon llegó precipitadamente anunciando que la *Pinta* se habia presentado en el puerto, y que en ella venia Pinzon con los demás tripulantes.

Colon respiró.

Habia llegado primero que él.

¿Qué habia sido de Pinzon entretanto?

Separada su carabela de la *Niña* á impulsos del récio temporal que le sobrecogió, fué arrastrada por

los huracanes á la bahía de Vizcaya, y no tuvo mas remedio que guarecerse en el puerto de Bayona, donde permaneció algun tiempo.

Solo allí, lejos de su jefe y compañero de viaje, volvieron á despertarse en su alma las ambiciosas ideas que continuamente le habian incitado á desertar.

Considerando lo poca consistencia de la *Niña* y el rudo combate que habia tenido que sostener con las olas, dió por seguro el naufragio del buque, experimentando, á pesar de sus buenos sentimientos, una gran alegría al ver que iban á realizarse sus planes, porque desde Bayona podia anunciar á los reyes de Castilla y Aragon el descubrimiento y pedirles permiso para presentarse á ellos y comunicarles el resultado del viaje, sin nombrar para nada á Colon y usurparle toda su gloria.

Hizolo así, en efecto, anunciando que iba á desembarcar en el Puerto de Palos, donde esperaba las órdenes de sus majestades.

La idea que le llevaba á Palos era el alcanzar una ovacion ruidosa.

En efecto; su regreso al lugar que le habia visto nacer, donde tanta influencia tenia, donde tanto prestigio gozaba su nombre, debia producir una gran sensacion y acariciaba la ilusion de que á su llegada repicarían las campanas, habria fiestas y regocijos en el pueblo, seria llevado en triunfo desde el puerto á casa y proporcionaria á su esposa una de las más grandes satisfacciones.

Su conciencia le decia que obraba mal, pero su

imaginacion dominaba á la conciencia y apenas calmáron los temporales se puso en camino para Palos, pareciéndole siglos las horas que tardaba en oír los aplausos y los plácemes de sus entusiastas compatriotas.

Pero ¡ay! la Providencia es justa.

Los hombres hacen cálculos, combinan sus planes, y fascinados por su imaginacion creen convertir en realidades sus ilusiones!...

Llega el momento, sin embargo, y la justicia divina dicta el fallo.

Pinzon queria arrebatár una gloria, unos derechos que no le pertenecian; queria despojar á Colon de su prestigio, y si habia perecido, como pensaba, si guardaban los abismos del Océano el secreto de su triunfo, en vez de perpetuar su memoria, en vez de inmortalizar su nombre, iba á dejarle en la oscuridad, en el silencio y á usurparle la gloria y las riquezas que le correspondian.

Martin Alonso avanzaba presuroso con la *Pinta*, y de pié, sobre cubierta, fijaba su ávida mirada en la playa.

La playa estaba desierta.

—¿Cómo no han visto mi carabela?—se preguntaba,—¿cómo no han acudido á recibirme?

A medida que avanzaba llegaban á su oído los vibrantes sonidos de las campanas que echaban á vuelo.

—¡Oh!—exclamaba,—ya saben mi llegada, ya me han visto, ya repican las campanas; no tardarán

en venir al puerto á colmarme de aplausos y de plácemes. Animo, amigos míos, ánimo,—decía á los marineros,—el triunfo nos aguarda; volemos á la orilla.

Y la carabela avanzaba y la playa continuaba desierta.

Pinzon envió en un bote á un marinero á preguntar cuál era la causa de la soledad que reinaba en la playa.

El marinero halló á una pobre mujer que lloraba amargamente.

—¿Por qué lloras, no me conoces ya?—le preguntó el marinero

—Sí, te conozco.

—¿Qué es lo que tienes?

—Esperaba á mi hijo y mi hijo no ha llegado. Me han dicho que se ha quedado en esas tierras que ha descubierto Cristóbal Colón; yo no lo creo.

¡Para no aumentar mi dolor me han engañado!

La pobre madre presentía la verdad, porque en aquellos momentos Caonabo, el furioso Caonabo realizaba la más atroz venganza que habían presenciado las vírgenes comarcas de la América.

—Pero ¿ha llegado Colón?—preguntó el marinero.

—Sí, hace poco; con su llegada padres, madres, hermanos, todos se han alejado, todos han ido al templo á dar gracias á Dios; para todos ha sido un momento de ventura ménos para la pobre madre que no ha visto venir á su hijo y vive desesperada por-

que ya no le volverá á ver nunca, y permanece aquí sola, afligida, como la madre del Salvador llorando en la soledad.

El marinero corrió precipitadamente á dar cuenta á Pinzon de lo que pasaba.

—Señor, señor,—le dijo,—Colón se ha anticipado.

—¡Colón!

—Sí; hace dos ó tres horas que ha llegado. Ved allí la *Niña*.

Pinzon, que con el ánsia de llegar no había mirado en torno suyo, vió á corta distancia la carabela.

—¡Ha llegado Colón!—exclamó con acento desesperado.

—Sí, todos han celebrado su llegada; ha sido recibido con alegría y expansion. En este momento se hallan todos los habitantes de Palos dando gracias á Dios por su triunfo; las campanas anuncian su llegada, no la nuestra.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Pinzon,—mi castigo es justo!

Y cayó profundamente abatido.

—¿Qué hacemos? Todos desean saltar á tierra.

—Sí, sí, tienes razón. Pero antes quiero ir yo á refugiarme en mi casa. Si en algo me estimáis decid todo el mundo que he muerto; yo os lo suplico por el afecto que me profesáis.

Todos le oían sin poder explicarse sus palabras.

—Voy á abandonaros, voy á aprovechar este momento en que nadie me vé para llegar á mi casa, y ¡ojalá Dios sea mi sepulcro!

Todos respetaron su voluntad.

Pinzon, que estaba herido de muerte, con el rostro macilento, con la mirada triste, llegó á la playa, corrió á su casa, y mientras los marineros de la *Pinta* llegaban al templo á reunirse con sus compañeros, una terrible escena tenia lugar en la morada de Pinzon

Llamó á la puerta.

Una antigua criada salió á abrir.

Al verle lanzó un grito de alegría.

—¡Silencio!—exclamó Martin Alonso,—¡silencio! Que todo el mundo ignore mi llegada.

Pero su esposa habia oido el grito de la sirvienta y corrió precipitada á su encuentro.

—¡El Señor sea bendito que te vuelve á mis brazos! Ven, ven.

—¡Aparta, aparta,—dijo Martin Alonso,—soy un desventurado indigno de que la gente me mire á la cara, incapaz de excitar un sentimiento caritativo!... Huye... huye... ¡yo estoy maldito!

Y dejándose caer sobre un sitial:

—¡Yo me ahogo... yo me muero!—exclamó.

Su esposa estaba consternada.

Inmediatamente mandó llamar al médico Fernandez, y cuando llegó halló á Alonso Pinzon delirando.

La fiebre le abrasaba.

En medio de su delirio:

—Que no entre, que no me vea Colon,—decia;—he sido un infame, he querido usurparle su gloria...

¡Ah, me maldeciria, y su maldicion seria eterna!... No, no; apartadle de mi vista... Ocultad á mi esposa y á mis hijos que he sido un miserable.

Otras veces se le figuraba oir el repique de las campanas.

—¡Ah!—decia,—¿vosotros oís ese sonido que llena de alegría vuestra alma? Si le escuchárais bien, percibiriais el sonido fúnebre, el plañidero sonido de la agonía, porque esas campanas anuncian mi muerte.

Otras veces, poseido de un terror pánico, pedia á su esposa que le ocultase, porque Colon iba á llegar en su busca para arrastrarle y conducirle á un calabozo.

Habia sido culpable y merecia un terrible castigo.

Martin Alonso Pinzon no consintió que fuese á su presencia el almirante.

Un nuevo golpe, más terrible que los anteriores, acabó con él.

A fuerza de medicamentos y de cuidados se habia logrado calmar un tanto su exacerbacion.

A los cuatro ó cinco dias de su llegada se presentó á verle un emisario de los reyes.

Cuando lo supo se animó.

—¡Ah! quizás ha llegado mi comunicacion á los soberanos antes que la de Colon; tal vez me dan las gracias y me colman de honores.

Fijó sus ojos en la carta, y cayó como herido de un rayo.

En nombre de los reyes le acriminaban su con-

ducta, y con una severidad inaudita le recordaban sus deberes.

No pudo resistir á aquella prueba.

Su dolencia se agravó, y precisamente en los momentos en que Colón partía para Sevilla con muy pocos de los suyos y algunos indios, porque de la tripulación uno había muerto y tres quedaban enfermos en Palos, caminaba recibiendo ovaciones por todas partes, á Barcelona, donde le aguardaban los reyes con ansia; en aquellos momentos, repito, espiraba Martín Alonso Pinzón, presa de agudos dolores, dando un ejemplo al mundo de la justicia de la Providencia.

En efecto, aquel hombre audaz é intrépido marino, profundo geógrafo, hombre rico y honrado, aquel hombre cuya vida había sido un ejemplo, tuvo un instante de debilidad, fué discolo y empañó su gloria.

Sin embargo, él era uno de los primeros que habían comprendido á Colón y se habían animado á llevar á cabo su empresa; uno de los que más habían trabajado para armar las carabelas; y, por último, sin su auxilio quizás no se hubiera llevado á cabo su empresa, porque le proporcionó dinero á Colón, suficiente para contribuir á pagar los gastos de la expedición, interesándole en la octava parte de las ganancias.

La infidelidad le había engañado.

¡Ofreciéndole la gloria, había abierto para él un sepulcro!

Capítulo XXIII.

Donde se vé cómo España recibe á Colón á su vuelta del Nuevo-Mundo.

Al llegar á Sevilla recibió Colón un mensaje de los reyes, en cuyo sobreescrito leyó con júbilo estas líneas:

«A don Cristóbal Colón, nuestro almirante del mar Océano, virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias.»

Disponíase Colón en los momentos en que recibió aquella epístola á dirigirse á Baeza, con el objeto de ver á su hijo Fernando y á sus dos amigos Inés y Beltrán.

Pero en la carta le manifestaban los soberanos su alegría, le pedían con insistencia que volase á la corte á darles cuenta de su viaje, y le ordenaban asimismo que aprovechase su estancia en la capital de Andalu-